

Nos dice Teresa:

Era [una imagen] de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

4. Tenía este modo de oración: que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor a mi parecer de las partes (5) adonde le veía más solo. Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas.

En especial me hallaba muy bien en la oración del Huerto. Allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido, si podía. Deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor. Más acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con El, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años, las más noches antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja (6), porque me dijeron se ganaban muchos perdones (7). Y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

Libro de la Vida, 9,1 y 4

CUARTO DE HORA 15 DE ABRIL



Siete Palabras de Jesús en la Cruz

«Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39). Fue el grito del centurión romano al expirar Jesús. Su respuesta a las siete palabras, que escuchó con el corazón. La confesión de fe de un pagano que vio, oyó y creyó.

🎬 Siete palabras del Maestro, desde el mejor púlpito, el de la cruz, para la nueva evangelización y la nueva creación. Siete palabras que revelan la identidad de la única Palabra: el Verbo

encarnado. No son palabras improvisadas ni fragmentos; tienen unidad y reflejan una vida entregada.

1. «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»

«Y cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", lo crucificaron allí, a Él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"» (Lc 23,33-34).

Las tres primeras palabras del Crucificado no buscan gritar su sufrimiento; le duele más tu sufrimiento. *«Y llevó los pecados de muchos e intercedió por los culpables»* (Is 53,12). Pendiente de la cruz, Jesús oye los insultos de los paseantes, la burla de las autoridades, el silencio pasivo y apático de la gente que estaba allí mirando, y, en vez de quejarse y pedir venganza contra ellos, rompe su silencio para hablar con el Padre bueno y pedir el perdón. En esta oración no se acuerda de sus penas ni pide ayuda en su aflicción. Pide perdón sin nombrar a nadie, porque no quiere excluir a nadie, y a cada golpe responde con perfumes y flores: *«Perdónalos»*.

Jesús sí pone en práctica su mensaje: *«Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian»* (Lc 6,27-35). Perdonad hasta setenta veces siete... Y disculpad: *«no saben lo que hacen»*.

2. «En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso»

«Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: "¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía: "¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo". Y decía: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino". Jesús le dijo: "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso"» (Lc 23,39-43).

La cruz, árbol de perdón en la primera palabra, se convierte ahora en puerta que lleva al paraíso: *«Mirad de par en par el paraíso, abierto por la fuerza de un cordero»*, Cristo nos abrió todas las puertas. Las tres cruces parecían iguales y los tres crucificados parecían morir igual. Pero mirando de cerca, si tú miras de cerca, se descubre que uno de ellos tiene la salvación. Dimas sabe aprovechar la oportunidad, y resuena en él el perdón pedido por Jesús al Padre en la primera palabra. *«Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino»*

3. «Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre»

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Luego dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquella hora el discípulo la recibió como algo propio» (Jn 19,25-27).

La cruz, árbol y puerta en las palabras anteriores, se convierte ahora en casa, y de ella brota el fruto de la nueva familia: la Iglesia. En la fe cristiana también es troncal ser Iglesia, hacer comunidad, engendrar hijos nuevos. Cerca de los crucificados se permitía estar a los familiares. Y las madres siempre están junto a las cruces de sus hijos; ¿pasa lo mismo cuando los padres están en la cruz del dolor, de la ancianidad? Jesús, después de mirar a los verdugos y a los malhechores ajusticiados con Él, pone la mirada en su madre y en el discípulo amado. ¿Para no dejarla sola y dejar su cuidado a

Juan? No, la mirada es más profunda; es para una segunda anunciación, una segunda propuesta que Dios le hace: "¿Quieres a este hijo?".

María dice "sí" a esta propuesta, y acoge como hijos a los asesinos de su Hijo. Y Jesús, o mejor, la Santa Trinidad, nos entrega el regalo más preciado: a María, la mujer en toda su feminidad ternura, humildad, compasión, encarnada en el pueblo y con todos sus derechos; a María, madre de la Iglesia y legado para la humanidad. Con su "sí" junto a la cruz, nos acepta como a hijos para ejercer con fidelidad y ternura el ministerio de madre: amar, trabajar, luchar, cuidar, educar, escuchar, esperar, transmitir la fe, sacrificarse, sentar a la mesa a los hijos y hacer que crezcan como hermanos.

Las dos palabras que siguen son una mirada de Jesús hacia sí mismo, y expresan el dolor físico por la sed y por el desconsuelo interior.

4. «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

«Al llegar la hora sexta, toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: "Eloí, Eloí, lema sabactaní" —que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"—. Algunos de los presentes, al oírlo, decían: "Mira, llama a Elías"». (Mc 15,33-35).

La cruz, árbol, puerta y casa, se convierte ahora en zarza ardiente, como la que contempló Moisés cuando se le reveló el nombre de Dios. De la cruz, nueva zarza que arde sin consumirse, brota el amor hasta el extremo; y se nos revela que Dios es Jesús. Él había dicho: *«Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que Yo soy»* (Jn 8,28). Y toda la región quedó en tinieblas, porque se va la luz cuando cortan la vida al que es la Luz del mundo. Y Jesús grita: *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*.

Jesús, que nunca ha abandonado ni dejado tirado a nadie por el camino, porque ha sido el buen samaritano; Jesús, que ha invitado a ir hacia Él a todos los cansados y agobiados para aliviarlos .

5. «Tengo sed»

«Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí un jarro lleno de vinagre. Y sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca» (Jn 19,28-29).

La cruz, árbol, puerta, casa y zarza ardiente, se convierte ahora en manantial de agua viva. *«¡Oh cruz, fecunda fuente de vida y de bendición, Victoria, tú reinarás!»*, se cantará esta tarde. Jesús seguía orando con el Salmo 21, que dice en su versículo 16: *«Mi garganta está seca como una teja, la lengua se me pega al paladar»* (Sal 21,16). Quizás estas palabras le hicieron más consciente de su sed, y por eso gritó: *«Tengo sed»*. *«Dice que tiene sed siendo bebida, / a voz de amor y de misterios llena; / ayer bebida se ofreció en la cena, / hoy tiene sed de muerte quien es Vida»* (*Tengo sed*, de Francisco de Quevedo). Esta quinta frase o palabra la pronunció Jesús hacia el mediodía y en medio de las chanzas de los soldados que seguían mofándose; así se cumplió otro pasaje de la Escritura: *«En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre»* (Sal 69,22).

«Tengo sed», *«Dame de beber»*: es la misma petición que Jesús expresó junto al pozo de Sicar a la mujer samaritana. Manifiesta su sed en el inicio y en el final de su vida, y a dos extranjeros. Es la sed de los pueblos explotados por intereses comerciales, que

buscan cómo tener agua para su desarrollo; es la sed de las personas del tercer mundo que recorren caminos tortuosos para recoger agua de un pequeño manantial.

¿Y hoy? *«No hay persona que en su vida no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, como la samaritana, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene hacer discernimiento para evitar aguas contaminadas. Estamos llamados a sentarnos en los nuevos y viejos pozos de Sicar para proponer a las personas de hoy el agua siempre nueva y sanadora de Jesucristo.»*

6. «Todo está cumplido»

«Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: "Todo está cumplido". E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30).

La cruz, árbol, puerta, casa, zarza ardiente y manantial, se convierte ahora en vid —«Yo soy la vid» (Jn 15,1)—, en cepa que regala el vino nuevo de la fiesta, el mundo nuevo de la salvación, el tiempo nuevo de la fraternidad. La mirada de Jesús se dirige al Padre para las dos últimas palabras antes de morir: "Todo cumplido; me pongo en las mejores manos, las de mi Padre". El compositor austriaco Franz Joseph Haydn expresó en su obra *Las siete últimas palabras de Cristo* que en Jesús todo se cumple. Es música para escuchar y orar, también desde tu teléfono móvil. Según la Carta a los Hebreos, Jesús, *«al entrar en el mundo, dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo... Entonces yo dije: He aquí que vengo... para hacer, ioh Dios!, tu voluntad»* (Hb 10,5-7). Al entrar en el mundo, Jesús firmó al Padre un cheque en blanco, y ha sido fiel, lo ha cumplido.

Y grita: *«Todo está cumplido»*; todo está consumado; todo está restaurado. La cruz es el culmen luminoso de una vida entregada. Su cuerpo roto es el cuerpo partido y entregado en la Eucaristía, que, como decimos, es *«el sacramento de nuestra fe»*. La consumación de la obra mesiánica será la comunicación del Espíritu a su Iglesia. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, sobre todo Pedro y Pablo testifican que en Jesús se han cumplido todas las Escrituras (cf. Hch 3,18).

7. «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»

Era ya la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu" Y, dicho esto, expiró. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo: "Realmente, este hombre era justo"» (Lc 23,44-47).

La cruz, árbol, puerta, casa, zarza ardiente, manantial y vid, se convierte en cayado del Buen Pastor. El cayado que es sosiego y apoyo para el tránsito de la noche oscura a la mesa donde la copa rebosa (cf. Sal 22). El cayado del nuevo Moisés, que divide el mar para que los hijos del nuevo Israel pasen por lo seco a la tierra de la libertad (cf. Ex 14,16).

Jesús, con esta última palabra que resume su vida, sigue orando y cristificando el Salmo 30: *«A tus manos encomiendo mi espíritu; tú, el Dios leal, me librarás... En tus manos están mis azares»* (Sal 30,6.16).

La primera y última de las siete palabras de Jesús es "Padre". Si esto es normal en cualquier hijo, ¿cómo no va a serlo en el Hijo Amado? "Padre" ha sido la palabra más repetida en su mensaje del Reino. Esta palabra la dice Jesús con voz potente; fue más fuerte que el sonido del *Shofar*, que está a punto de anunciar el inicio del descanso de la Pascua. El grito de Jesús es más que voz. Su fuerte clamor es de parto. Nace un mundo nuevo y se rasga el velo del Templo. Todo su espíritu lo recoge el Padre en sus manos creadoras, que modelaron el barro para crear al hombre y formaron un cuerpo en el seno de María (cf. Hb 10,5). Lo recoge en sus manos dadoras de vida (cf. Sal 18,17) y resucitadoras. Esa acogida, ese encuentro, es el "Amén". Es el "sí" de Dios al hombre —"nunca te dejaré"— y el "sí" del hombre a Dios —"aquí estoy para hacer tu voluntad"—

«Y Jesús, envuelto en una sábana, fue colocado en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía» (Lc 23,53). En el silencio y en la oración, con los sentidos bien abiertos, esperamos el gran pregón, que no es el de las Siete Palabras, sino el de la Resurrección.